



HOJA INFORMATIVA SOBRE LA
VIDA Y FAMA DE SANTIDAD DEL
SIERVO DE DIOS

ISIDORO ZORZANO

DEL OPUS DEI, INGENIERO INDUSTRIAL

Núm. 19

MADRID, MAYO 1954

Isidoro Zorzano vivió en medio del mundo y se santificó en el mundo. En su vida apenas hay hechos extraordinarios; lo extraordinario consistió precisamente en buscar con heroísmo la perfección en el trabajo ordinario y en los detalles corrientes de cada día.

En esta HOJA, que se publica periódicamente, se dan a conocer diversos aspectos de la vida del Siervo de Dios y algunos de los favores obtenidos por su intercesión.

ORACION PARA LA DEVOCION PRIVADA

¡Oh Dios!, que llenaste a tu Siervo Isidoro de tantos tesoros de gracia en el ejercicio de sus deberes profesionales en medio del mundo, haz que yo sepa también santificar mi trabajo ordinario y ser apóstol de mis amigos y compañeros; dignate glorificar a tu Siervo y concédeme por su intercesión el favor que te pido. (Pídase.) Así sea. *Pater, Ave María, Gloria.*

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público y que, en la interpretación de los favores y de la santidad del Siervo de Dios, en nada se pretende prevenir el juicio de la Santa Iglesia.

MORTIFICACION ALEGRE Y SONRIENTE

“Imitemos a Santa Teresita: su vida es una suma de mortificaciones pequeñas, del orden diferencial, y la integral de la expresión diferencial de la mortificación es la santidad.” Así exponía Isidoro, en términos matemáticos, que por su profesión le resultaban familiares, una verdad de siempre: que una sólida mortificación es la base de toda vida interior. Isidoro lo sabía bien, porque era su propia experiencia. Cuando en 1933 escribía estas líneas, en una carta desde Málaga, hacía ya tiempo que se había embarcado resueltamente en un camino de santidad, respondiendo generosamente a la llamada del Señor para el Opus Dei. Su lucha ascética había ido en primer lugar contra sí mismo, contra su carácter impulsivo e impresionable, hasta alcanzar aquella igualdad de ánimo, aquella sonrisa permanente con que lo recuerdan cuantos le conocieron; lucha también contra las dificultades en el estudio, que no faltaron al principio de su carrera, hasta llegar a ser un buen ingeniero, profesionalmente respetado por sus compañeros, y aumentar hasta el máximo su capacidad de trabajo en los ferrocarriles españoles y en sus actividades como Administrador de la Obra. Todo lo supo conjugar armónicamente en su vida, de continua presencia de Dios, estimulada en cada instante por esos detalles finos en que consiste el amor. El cumplimiento de su plan de vida y el cuidado constante por sus hermanos del Instituto le exigían continuamente un renunciarse a sí mismo en mil pequeños sacrificios.

Su vocación se desarrolló, además, en circunstancias difíciles. Años llenos de tribulaciones para la Iglesia, a quien amaba; años de prueba para la Obra, sometida tantas veces a contradicción, aun de los buenos. Isidoro, lleno de fortaleza, llevó siempre con garbo la carga que el Presidente General, porque confiaba en él, puso sobre sus hombros. Nunca hizo nada extraordinario; se limitó a cumplir heroicamente lo que Dios pedía de él en cada momento. Pero donde su espíritu de mortificación y de penitencia vino a ponerse más de manifiesto fue durante su enfermedad, que él supo muy pronto que era incurable.

Isidoro, que desde el fin de la guerra se había entregado con entusiasmo a su

labor profesional en la RENFE y a la administración económica de la Obra, cuyo cuidado se le había encomendado, comprendió en seguida que Dios quería otra cosa de él. Ahora era la inactividad y el sufrimiento. "Los que, dejando la acción para otros, oran y sufren, no brillarán aquí; pero ¿cómo lucirá su corona en el reino de la Vida! ¡Bendito sea el apostolado del sufrimiento!" ("Camino", 969). El mal de Hodgkins que le aquejaba no tenía curación y, localizado en la garganta, le producía terribles dolores al comer: "Mi único deber es sufrir por la Obra... Sufro mucho." Pero siempre había algún motivo grande por que ofrecerlo, algún gran triunfo que dependía de aquel sacrificio. Cuando ya faltaba menos de un mes para su muerte, en junio de 1943, tuvo lugar la primera entrevista del Secretario General del Opus Dei con el Santo Padre. La Obra era en aquel momento sólo de derecho diocesano, y fué para Isidoro un gran consuelo ayudar, desde su cama, a abrir cauce jurídico más amplio para el naciente Instituto.

"Se palpaba a Dios más cerca en su habitación", decían tras de su muerte las religiosas que le cuidaron en el Sanatorio de San Francisco. Allí, junto a la colonia del Viso, el verano anticipado de Madrid hacía cada vez más insoportable la temperatura. Isidoro nunca se quejó. Los médicos se extrañaban muchas veces del raro contraste entre su ruina física —había perdido mucho peso y estaba ya macilento— y la alegría y entereza que demostraba en su conversación.

Porque nunca, ni en los momentos más difíciles, cuando frente a los dolores que le causaba ingerir alimentos se sentía desfallecer, le faltó a Isidoro un detalle de alegría. El hablaba, como de una cosa ajena, de la comedia de aquella lucha continua entre su estómago y los médicos. "¿Y quién gana?", le preguntó alguien en una ocasión. "Casi siempre, mi estómago", decía con humor. Pero el Amor le llevaba a darse más y más. Y con esa locura, patrimonio de las almas muy enamoradas, le confiaba un día al Fundador de la Obra: "Sí, hoy estoy mejor, porque sufro terriblemente."

FAVORES OBTENIDOS POR SU INTERCESION

ASUNTOS DIFICILES

X. X. nos escribe: «Desde hacía ya bastante tiempo las cosas no marchaban bien en mi casa. Mi hermano mayor y mi madrastra no congeniaban y esto ocasionaba frecuentes disgustos que, aparte de afectar a todos los miembros de la familia, colocaban a mi padre en una situación difícil y nada grata entre uno y otra. Estos conflictos, que trastornaban la paz familiar, últimamente habían llegado a alcanzar cierta gravedad, que culminó este verano último cuando toda la familia pasábamos las vacaciones en el campo. Yo también intervine, poniéndome del lado de mi hermano y viniendo a complicar las cosas. Fueron unos días muy desagradables y la solución de este estado de cosas no llegaba; a lo sumo, se preveía una ruptura definitiva que hubiera sido el peor remedio y que, por desgracia, era a lo que nos íbamos acercando. Entonces me acordé de Isidoro. No tenía su estampa con la oración, pero me parecía recordarla e hice la novena pidiéndole, con esa fe que nos dan los momentos difíciles, que nos procurara una solución, la mejor, la que más conviniera. Creo que Isidoro me escuchó y nos ayudó. Poco a poco vino la calma y quedó resuelto el conflicto de la mejor manera.»

* * *

M. P. L., de Madrid: «Desde que llegó a mi poder una estampa de Isidoro, en ocasión de hallarse mi novio parado en su trabajo, le pedí fervorosamente su ayuda, y a los pocos días reanudó sus actividades. Al

mismo tiempo contábamos con la oposición de mi familia a nuestra boda y, gracias a su intercesión, se solucionó todo con facilidad, pudiendo realizarse ésta felizmente y ayudándonos luego de un modo palpable en multitud de ocasiones. Continuamos pidiéndole su protección, sobre todo para el nacimiento de nuestro hijo, que Dios mediante ocurrirá en uno de estos días y a quien pondremos de segundo nombre Isidoro, para que le ampare durante su vida.»

* * *

M. A., de Madrid: «Por tercera vez doy las gracias a Isidoro Zorzano. El honor y el porvenir de mi marido estaban en peligro. Encomendamos el asunto con toda fe y confianza a Isidoro, y de un modo milagroso y providencial se ha resuelto favorablemente. Como se lo prometí, con toda emoción y agradecimiento lo publico.»

* * *

X. X., de Madrid: «Se me había extraviado un documento muy importante cuya pérdida ocasionaba un perjuicio económico para un tercero, que yo habría estado obligado a resarcir, al mismo tiempo que me colocaba en situación muy delicada frente al interesado. Después de buscarlo yo inútilmente lo hizo mi esposa, mientras yo me encontraba en la oficina, y como pasaba el tiempo sin recibir noticias de su hallazgo, que ya me parecía imposible, se lo encomendé a Isidoro Zorzano. Dos minutos después recibía la llamada de mi esposa comunicándome el encuentro del documento; la noticia me

llegó en forma que me hizo presumir una coincidencia horaria que después he podido comprobar: mi mujer dió con el papel perdido justamente en el momento en que yo terminaba el rezo del Padrenuestro con el que había solicitado la intercesión de Isidoro; y lo que es más sorprendente: mi mujer, que en su trabajo de búsqueda había encontrado una estampa de Isidoro, tuvo la misma idea que yo de pedirle el favor de su intercesión.»

* * *

R. R., de Madrid: «Me encomendé a Isidoro en unas oposiciones con el fin de que la vista, que tengo muy delicada, no me impidiera estudiar, y en los cuatro meses de duración de este trabajo intensivo no experimenté la menor molestia, por lo que pu-

Quienes quieran contribuir con sus limosnas a la edición de esta Hoja o a los gastos del Proceso, pueden dirigirse al Reverendo Vicepostulador de la Causa, Diego de León, 14, Madrid.

Los donativos pueden también enviarse por giro postal a la dirección arriba indicada, o bien ingresarse en cualquier Banco para su abono en la cuenta corriente abierta en la Central del Banco de Vizcaya, en Madrid, con el título "Causa de Beatificación del Siervo de Dios Isidoro Zorzano Ledesma, del Opus Dei, Ingeniero de la RENFE."

Las personas que deseen extender la devoción privada de Isidoro, pueden también enviar limosnas para imprimir más estampas o enviar sus señas para que se le remitan:

Cuarenta estampas, diez pesetas.

de aprovechar el tiempo todo lo que precisé. He visto claramente su favor, toda vez que después de terminar las oposiciones he vuelto a las mismas molestias que padecía anteriormente. No cabe duda que Isidoro Zorzano veló por mis ojos por el tiempo que se lo pedí. Esto contribuyó a mi éxito en las oposiciones.»

* * *

CURACIONES

A. F., de Málaga, nos escribe: «La amistad que Isidoro y yo tuvimos aquí abajo procuro continuarla ahora que está allá arriba, y no creo que nunca me olvide en mis oraciones matinales, por breves y deslabezadas que sean, de unir a ellas un confanzudo y cariñoso saludo al amigo santo. Y hasta el presente debo confesar que Isidoro, con su sonriente suavidad, sigue resolviéndome —¡nunca de pronto!— con eficacia todas las dificultades de tipo moral, profesional y particular, que le he encomendado.

Ultimamente, estos días, a mi hija mayor (que estuvo muchas veces, de chiquitina, en sus brazos), me la ha librado de una operación que parecía inminente. Y a mi madre, anciana, la está mejorando poco a poco de un grave ataque de hemiplejía. Y estoy seguro de que, si así conviene, Isidoro logrará allá arriba curármela por completo.»

* * *

E. P., de Córdoba: «Tengo setenta y seis años y estoy muy enferma del corazón; en estas condiciones, hace unos meses, me caí, rompiéndome la pierna derecha por la cadera y el brazo del mismo lado por el hombro. Los médicos que me asistían desconfiaban de poderme curar, además de mi edad, por el sitio de las dos roturas. En medio de estos dolores tan tremendos, me dió un fuerte ataque de angina de pecho. Recibí el Viático y estaba bien preparada para morir, aunque con muchísimo miedo. Una persona que me quiere mucho me dijo que me encomendase a Isidoro, que ella también lo haría con mucha fe, y me puso un retrato del siervo de Dios a la cabecera de mi cama. Fui mejorando hasta que, pasado un mes, me levanté, empezando a andar sola y haciendo mi vida ordinaria como antes de la caída. Cuando los médicos han visto en la pantalla los huesos perfectamente unidos se han admirado, igual que todo el que me conoce; ha sido un verdadero milagro. Esta per-

sona que me encomendó a Isidoro le pedía que no me muriera y que se me pasaran los dolores, aunque no me pudiera mover de un sillón, pero me ha dado mucho más de lo que pedía, pues le repito que hago mi vida ordinaria como antes de la caída.»

* * *

DIFICULTADES ECONOMICAS

J. A. A., de Madrid, nos escribe: «Encontrándome sin destino y con agobiadora preocupación por mi porvenir, cayó en mis manos una Hoja Informativa sobre Isidoro Zorzano. El primer extraordinario lo constituyó el que yo, que —lo confieso— siempre había mirado despectivamente las listas de favores que suelen recoger las revistas piadosas, no sé qué encontré en ésta o qué resorte me movió, que inmediatamente recé solicitando la intercesión de Isidoro para obtener una colocación. Dos o tres días después, y de una manera completamente inesperada, me hablaron de que podía solicitar una colocación como letrado de una empresa. Pensando en que era providencial el presentármese entonces esa oportunidad, inicié las gestiones. Tuve ayudas decisivas, pero claro que Dios se vale de medios humanos para sus designios. Hubo un momento en que podían darse por fracasadas las gestiones y redoblé mis súplicas a Isidoro. Ahora tengo una colocación que ha solucionado con todo decoro el problema económico y social de mi vida, conforme, además, con mi preparación e inclinaciones.

Como católico, oreo que Dios interviene en los acontecimientos humanos, pero soy muy reactivo a milagrerías. Considero oportuno haber dicho esto, previamente a la siguiente afirmación: personalmente y no sólo por lo enunciado, sino por otras muchas circunstancias que alargarían demasiado la carta, además de que muy importante parte en las convicciones se forma por causas no plasmables en argumentos, pero no por eso menos importantes, estoy firmemente convencido de que debo a la intercesión de Isidoro este favor. Y que esta afirmación no se atribuya a vanidad, pues, todo lo contrario, Dios sabe lo que me cuesta expresarla, y por eso ofrecí a Isidoro, ya desde un principio, el poner mi nombre al pie de esta carta y decir que se publique entera, yo que me reía de estas cosas.»

* * *

LIMOSNAS

PARA EL PROCESO

Agradecemos las limosnas que para gastos del proceso de beatificación nos han enviado:

A. J., de Madrid, 50; J. M. P., de Madrid, 250; M. M., de Madrid, 25; C. B., de Barcelona, 15; E. P., de Córdoba, 100; M. L. P., de Madrid, 100; M. F. E., de Cullera, 100; M. R., de Onteniente, 50; X. X., de Madrid, 100; A. F., de Málaga, 100; M. de V., de Córdoba, 250; X. X., de Granada, 25; X. X., de Talarrubias, 10; F. A., de Gerona, 25; M. P., de Málaga, 25; N. T., de Málaga, 5; C. F., de Cuevas del Almanzora, 50; J. B., de Madrid, 15; R. R., de Madrid, 125; J. M. R., de Logroño, 25; B. M., de Vitoria, 25; C. S., de Bilbao, 25; N. C., de Castellar de la Frontera, 25; X. X., 50; M. J. D., de Cabañaquinta, 125; V. E. B., de San Sebastián, 50; J. A., de Madrid, 350; X. X., de Córdoba, 60; M. L. B., de Madrid, 10; P. S., de Madrid, 100; S. D. G., de Málaga, 280; A. S., de Madrid, 30; J. M. C., 25; A. D. A., de San Sebastián, 250; R. R., de Bornos, 100; B. S. A., de Segovia, 100; E. P., de Alcoy, 100; R. O., de Barcelona, 100; M. Y., de Madrid, 5; P. Z., de Zaragoza, 50; J. V., de Valencia, 50; A. S., de Madrid, 50; M. N., de Madrid, 25; E. S., de Madrid, 150; C. M., de Albaina, 25; P. A., de Murcia, 50; R. R. V., de Córdoba, 25; V. Z., de Logroño, 100; F. A., de Melilla, 15; M. B., de Bilbao, 120; D. M., de Algeciras, 25; J. G., de Córdoba, 25; G. R., de Coruña, 5; C. E., de Segovia, 250; F. M., de Málaga, 25; J. C., de Barcelona, 50; A. C., de Almansa, 180; E. A., de Lérida, 25; J. S. M., de Granada, 25; J. S., de Madrid, 150; A. S., de Barcelona, 100.

NOTA.—Dada la escasez de espacio con que contamos para reseñar las limosnas recibidas, nos es imposible publicarlas todas.

LA PRIMERA BIOGRAFIA DE ISIDORO ACABA DE APARECER EN LOS ESTADOS UNIDOS

A principios de este año ha aparecido en Chicago (1) la primera biografía de Isidoro, «God's Engineer», el ingeniero de Dios. Su autor, Daniel Sargent, conoció la figura de Isidoro a través de algunos miembros de la obra residentes en los Estados Unidos y, sintiéndose atraído por su mensaje, quiso escribir su historia. Desde su casa en South Natick, Massachusetts, hizo dos viajes a España para conocer los lugares en que transcurrió la vida de Isidoro, viajando en los mismos trenes en que éste lo había hecho como ingeniero de la R. E. N. F. E. Sargent tiene ahora sesenta y cinco años. Graduado primero y profesor más tarde de la Universidad de Harvard, es un converso al Catolicismo, cuya obra literaria es bien conocida en su patria.

«Si quieres ser sencillamente bueno, el camino más fácil y por supuesto el único, es serlo heroicamente.» Con esta frase de un escritor norteamericano se encabeza la obra, que ha sido prologada por Mons. O'Connor, Obispo de Madison. Entresacamos de esta introducción algunos párrafos explicando el papel de los Institutos Seculares en el mundo actual y la ejemplaridad de vidas como la de Isidoro:

«Nuestro Señor dijo para todos los hombres: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» En medio del mundo esos hombres y mujeres, desapercibidos, sin llevar ninguna insignia ni distintivo, buscan la perfección en su trabajo, sean médicos, abogados o ingenieros, como lo fué Isidoro. El Santo Padre habla del apostolado que hombres como él llevan a cabo, «en lugares, tiempos y circunstancias prohibidas o inaccesibles a sacerdotes y religiosos...» (Constitución Apostólica *Próvida Mater Ecclesia*.)

«Con frecuencia se ha planteado la pregunta de si una persona puede realmente conseguir su perfección como miembro de un Instituto Secular. He aquí que ha comenzado el proceso de canonización de uno de sus miembros, muerto en 1943 con fama de santidad. Este libro es la historia de Isidoro Zorzano, seglar, ingenie-

ro, miembro del Opus Dei... y tal vez algún día Santo de la Iglesia. Su vida es un reflejo de su vocación.

Daniel Sargent, el autor, nos advierte que no pretende escribir una biografía completa, en cuanto que la mayoría de los que conocieron a Isidoro viven todavía y no han contado aún todo lo que saben de él. Téngase en cuenta que si Isidoro viviera tendría sólo cincuenta años.

Este libro es, más bien, una serie de episodios bellamente contados por Sargent, de una manera sencilla y profunda. Isidoro hizo la Obra de Dios en tiempos de incertidumbre y en circunstancias difíciles. Como ingeniero, en la época turbulenta que precedió a la guerra civil en España, durante la guerra con los comunistas y después de ella, cuando tenía salud y luego con una enfermedad incurable que le llevó prematuramente a la muerte, Isidoro llevó a cabo la Obra de Dios y cumplió Su voluntad. Aun después de muerto, Isidoro continúa haciendo su obra y hay ya mucha gente, de distintos países y clases sociales, que sostienen haber obtenido favores —algunos de ellos curaciones extraordinarias— por su intercesión.

Si, cuando se marcha a oscuras se siente la necesidad de una antorcha que le ilumine a uno el camino. Todos los que andamos a través de un mundo tan oscurecido por la pérdida de sus fundamentos necesitamos una antorcha encendida para mostrarnos el camino, a alguien que haya seguido el mismo sendero, una antorcha encendida en la que inflamar nuestras propias antorchas para juntos pegar fuego al mundo. Hombres como Isidoro son hoy esa llama, como lo fueron en el pasado Esteban, Javier o Francisco. Isidoro puede ser canonizado o no, pero ha abierto ya un camino, ha respondido a una llamada y alcanzado una victoria.»

Hasta aquí el prólogo del Sr. Obispo de Madison. La versión española de «God's Engineer» está en preparación y será publicada próximamente por una editorial de Madrid.

(1) Sargent, Daniel: "God's Engineer". Ed. Scepter. Chicago, 1954.

Remite:

Rvdo. VICEPOSTULADOR DE LA CAUSA
DE BEATIFICACION DE ISIDORO
Diego de León, 14
MADRID

ROGAMOS A NUESTROS LECTORES QUE NOS ENVIEN RELACIONES CON NOMBRES Y SEÑAS DE LAS PERSONAS A QUIENES PUEDA INTERESAR RECIBIR ESTA HOJA